

Hallazgos arqueológicos en Aldeacentenera

Por María MURILLO

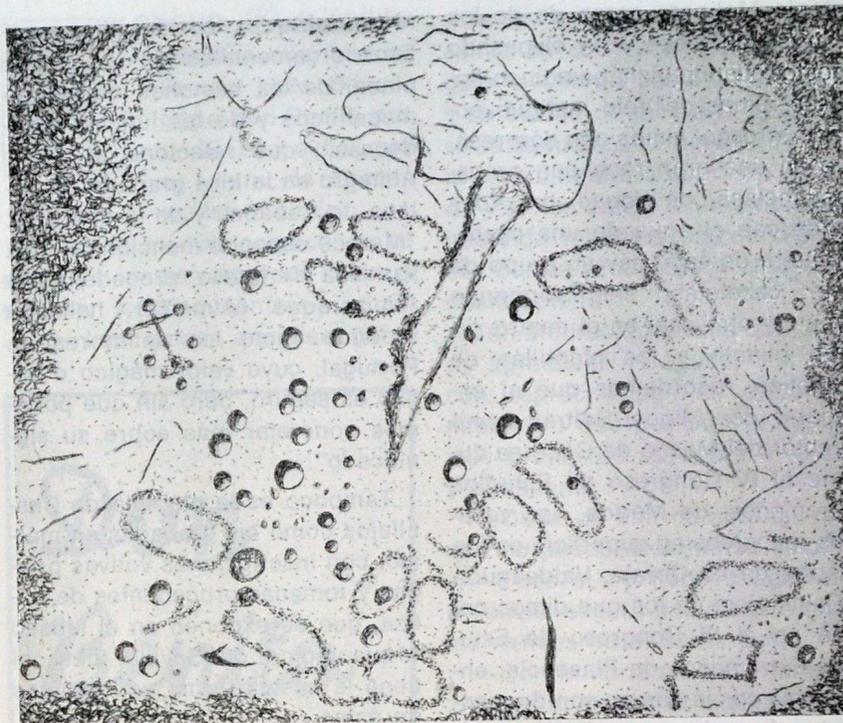
CUANDO en Septiembre de 1974 y en el diario "HOY" de Badajoz, dábamos noticia de un antiquísimo castro existente en el término municipal de Aldeacentenera, al que denominamos de Las Pardillas, por dar los campesinos este nombre al cerro donde allí está situado, mencionábamos una peña con cazoletas, o sea, hoyos pequeños insculpidos, descubierta en las proximidades del castro. Después, al ir a tomar fotografías del yacimiento, encontramos más insculturas en otra peña también cerca del castro y junto a una fuente en forma de dolmen.

La primera peña encontrada, está casi a ras del suelo, es plana, de pizarra gris muy dura, ocupan los dibujos más de un metro cuadrado. Después de limpiarla con cuidado de costras terrizas y de gruesos líquenes, dejando los tinos que no impiden ver los grabados, descubrimos que tiene multitud de puntos profundos diseminados por toda la superficie, sueltos y formando grupos y más de cincuenta cazoletas colocadas sin orden aparente y de distintos tamaños, las mayores, de seis centímetros de

diámetro. Tiene también, grabadas con líneas de un centímetro o más de grosor, formadas por puntos, varios grupos de figuras que nos parece representan plantillas de sandalias de tamaños medianos y pequeños, como de pies femeninos e infantiles, una sin terminar y otras apenas iniciadas y con fuerte grabado inciso, dos líneas cruzadas en signo cruciforme. El lado más largo de este signo se apoya en una base triangular formada por puntitos, y ésta, sobre una cazoleta que con dos colocadas simétricamente a los lados de la cruz, forman otro triángulo, los tres brazos más cortos tienen cazoletas en los extremos

Al mojar la superficie pizarrosa para hacer diapositivas, hemos podido apreciar manchas y líneas, al parecer, de pintura roja sin forma determinadas. Sin duda ha tenido más grabados, pero la roca está desconchada y rota por algunos de sus lados.

La peña hallada junto a la fuente, de menos interés que la anterior y de la misma pizarra dura y gris, tiene catorce cazoletas de diferentes tamaños diseminados por su superficie, algo menos de un metro cuadrado; un profundo gra-



Insculturas en Aldeacentenera, según María Murillo

bado en formas curvas parece incompleto, roto por un desconchado de la roca que está más erosionada con grietas y resquebrajaduras que la anterior

Para que el lector pueda formar opinión sobre estos hallazgos, del libro de las Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología de Huelva y de la comunicación presentada por el señor Ortego titulada "Nueva Estación de Arte Rupestre en el término municipal de Orteruelos (Soria)", copiamos el siguiente párrafo, que se refiere a

una peña con cazoletas encontrada dentro de un abrigo rocoso... Estas agrupaciones insculpidas en la roca, tan frecuentes en los petroglifos del noroeste peninsular, aparecen también en varios lugares del territorio soriano, especialmente asociados a escenas rituales grabadas en la cueva de Santa Cruz (Conquenzuelo) y en los roqueños del área prehistórica próxima a Orteruelos, en los términos de El Rojo y Derroñadas."

También hemos visto fotografías de cazoletas encontradas por don

Antonio Molinero cerca de de los castros abulenses y en el pasado Agosto, cuando visitábamos en Italia las ruinas de Veio ,antiguo poblado etrusco, vimos con sorpresa, que en una gran roca con grabados incisos de líneas cruzadas donde cae el agua de una cascada, fuera de ésta, hay un grupo de siete cazoletas, seis formando círculo y otra casi en el centro.

En cuanto a las plantillas de sandalias, recordamos que al entregar a don Miguel Beltrán como Director del Museo de Cáceres durante el IV Congreso de Estudios Extremeños de Mérida, los vestigios recogidos en superficie en los castros de La Coraja, Valdeagudo y Castillejos, de los que dimos noticia en el III Congreso de Estudios Extremeños de Plasencia, entre otras cosas que no son de mencionar, figuraba, encontrada en este último castro una laja de pizarra áspera y plana, de algo más de un centímetro de grosor, recortada por sus bordes en forma de suela de sandalia grande, como de pie masculino; parecía haber sido sometida al fuego y que éste le había dado el color gris rojizo. Presentes estaban nuestro inolvidable don Antonio G. y Bellido y otros congresistas. Ignoramos si estará en el Museo de Cáceres, porque no es de hueso, como la que publica don Martín Almagro en ARS HISPANIAE (volumen I, capítulo "El Arte Español desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce 3.000 a 1.000 años antes de Jesucristo"),

ni tan labrada, "con los típicos motivos ornamentales de los ídolos placa, de los bastones de mando megalíticos y de las lúnulas irlandesas", que relaciona el señor Almagro en la losa grabada de Solana de Cabañas y de la que dice: "Merece especial mención la bella sandalia de hueso, procedente de Almizaraque (Almería), hallazgo repetido como los anteriores en Portugal, cuyo valor mágico o votivo es seguro, pero sin que podamos concretar más sobre su significado".

Tampoco es la plantilla de Castillejos como las grabadas en mármol con inscripciones votivas griegas y romanas procedentes de Itálica, que se exponen en el Museo Arqueológico de Sevilla, pero sí tiene la misma forma que algunas de éstas.

Después del Congreso de Mérida, encontramos, también en Castillejos, entre líquenes, otra plantilla de sandalia al parecer pintada en color rojo, en la cara vertical de una pizarra.

Nos han informado de que en Las Hurdes existe una roca con dos plantillas grabadas a la que denominan "La Patá de la Mora" y en la sierra de Berzocana, otra conocida por "La Patá del Gigante". No hemos podido comprobarlo e ignoramos si están publicadas. La roca que publicamos hoy, es inédita y desconocida hasta ahora incluso de los campesinos de aquella zona.



PORQUE atendí rápidamente a ello, tuve el tiempo justo de coger a don Benito por un brazo y evitar que se diera de bruces contra el suelo.

Quedó a medias colgado de mi mano, a medias apoyado en sus piernas, temblequeantes y ya sin vigor. Las gafas, aquellas gafas

Don Benito

(Cuento)

por José CANAL

de aro fino dorado y pequeños vidrios elípticos, que había usado siempre, le resbalaron hasta la punta de la nariz; una patilla, desprendida de la oreja, vibraba como buscando asirse de nuevo a lugar seguro; se le había ido la color del rostro y los ojillos, sin la protección habitual de los cristales, miraban asustados y desvalidos, como cría de guarduñas a la que desatapan de pronto la madriguera.

Luego que se repuso del sobresalto, se enderezó los lentes, irguió el cuerpo hasta donde pudo y se evadió de mi mano igual que si se sacudiera el polvo. Los ojos le brillaban ahora como un rescoldo y en los labios tenía un temblor iracundo mientras balbucía lindizas contra el alcalde y el Ayuntamiento pleno.

Tan enfurecido estaba que, lejos de agradecer mi ayuda, me miró con reproche por mi entrometimiento, lo que por otra parte, era muy propio de su carácter arisco y atrabilario.

—Quita de ahí, carajito, ¿Crees que no puedo sostenerme solo?

—Pues si no llego a agarrarle a tiempo, seguro que da usted con las narices en el santo suelo.

—Con la nariz en... las narices. ¿A esto le llamas tú suelo, y nada menos que santo? ¿A esta pobre plasa que el calabaso del alcalde ha convertido en campo de aluni-saje y por donde un cristiano no puede caminar sin riesgo de romperse la crisma a cada paso?

Y era la verdad que todo el piso de la plaza, en obras, aparecía como un puro bache, con escalones imprevistos, atarjeas al aire y bloques de granito cuarteados o en montón. Una excavadora hozaba en el destripado pavimento y dos docenas de obreros armados con palancas, picos y martillos com-presores operaban en nervios, arterias e intestinos del monstruoso paciente

Aunque se resistía, logré sacar